—¡Ah—murmuró el doctor,—yo que le he conocido tan valiente, tan entusiasta, de tan nobles acciones! Ahora, ya lo ve usted, llueve, llueve sobre él. Penosamente se arrodilló apoyándose en una larga piedra.

Pedro, que no podía rogar seguía de pie. Una emoción humana se desbordaba de su corazón. Escuchaba las pequeñas gotas de la bóveda estrellarse una á una sobre el sepulcro, en un ritmo lento, que parecía contar los segundos de la eternidad en medio de aquel profundo silencio. Pensaba en la eterna miseria del mundo, en esta elección del sufrimiento hiriendo siempre á los mejores.

Los dos grandes obreros de Nuestra Señora de Lourdes, Bernadette y el cura Peyramale revivían ante él, como víctimas lastimosas, torturadas durante su vida y desterradas después de su muerte.

Seguramente que esto hubiera acabado de matar en él la fe. Porque la Bernadette que acababa de encontrar al cabo de su investigación, no era más que una hermana humana, cargada de todos los dolores. Pero Pedro, no guardaba menos para ella un culto de fraternal ternura; y dos lentas lágrimas corrieron por sus mejillas.

JORNADA QUINTA

I.

Aquella noche, en el hotel de las Apariciones, tampoco pudo Pedro cerrar los ojos. Después de haber pasado por el Hospital para adquirir noticias de María, que dormía con un sueño profundo de niño, delicioso y reparador, desde su regreso de la procesión, se acostó él también inquieto de no haber visto reaparecer al Sr. de Guersaint. Le aguardaba lo más tarde para la hora de la comida; sin duda le había retenido en Gavarnie algún accidente; y Pedro pensaba en el tormento de la joven si su padre no iba á abrazarla á la mañana siguiente. Con este hombre tan distraído, de cerebro de pájaro, eran posibles todos los temores.

Tal vez esta inquietud hubiera bastado, desde luego, para tener á Pedro despierto, á pesar de su gran fatiga. Pero después, el nocturno zipizape del hotel había verdaderamente tomado proporciones intolerables. Al día siguiente, martes, era el día de la partida, el último día que la peregrinación nacional debía pasar en Lourdes, y sin duda, los peregrinos aprovechaban ansiosamente las horas, llegaban de la Gruta y volvían á ella en plena noche; trataban de violentar el cielo por su agitación, sin sentir necesidad alguna de descanso.

Las puertas golpeaban, los techos temblaban, la casa entera vibraba como bajo el desordenado galope de una muchedumbre. Jamás habían resonado en las paredes toses tan pertinaces, voces tan grandes é indistintas. Y Pedro, poseído por el insomnio, se volvía sobresaltado, se levantaba, creyendo á cada momento que era el Sr. de Guersaint qu regresaba.

Durante algunos minutos, escuchó febrilmente y no oyó sino los extraordinarios rumores del corredor, de los cuales no se distinguía nada determinado. ¿Era á la izquierda, el padre, la madre y las tres hijas la familia de viejos, quienes tropezaban contra los muebles? ¿O era más bien, á la derecha, la otra familia tan numerosa, el otro señor sólo ó la joven señora que incomprensibles acontecimientos arrojaban en medio de las aventuras? Por un instante, saltó de su lecho, quiso visitar el cuarto vacío de su ausente acompañante, seguro de que allí pasaban cosas violentas.

Pero por más que escuchó, no sintió detrás del delgado tabique sino el tierno murmullo de dos voces, con una ligereza de caricia. Súbitamente le acudió á la memoria el recuerdo de la señora Volmar, y volvió á su lecho, tiritando.

Por fin Pedro, al amanecer, se dormía ya, cuando le sobresaltaron varios golpes rudos dados en su puerta. Esta vez no se engañaba; una voz fuerte y ahogada por la angustia gritaba:

—¡Señor abate, señor abate, por favor, despiértese!

Era decididamente el señor de Guersaint, á quien traían muerto cuando menos. Despavorido, corrió á abrir en camisa y se encontró delante del Sr. Vignerón, su vecino.

—¡Oh, por favor, señor abate, vístase usted de prisa! Se necesita su Santo Ministerio.

Entonces le refirió que acababa de levantarse para mirar la hora en su reloj, colocado sobre la chimenea, cuando oyó salir atroces suspiros del cuarto vecino, en donde estaba acostada la señora Chaise. Esta había dejado por cortesía abierta la puerta de su cuarto, á fin de estar más con ellos. El Sr. Vignerón, naturalmente, se precipitó allí, abriendo las persianas y haciendo entrar luz y aire.

—¡Y qué espectáculo, señor abate! Nuestra pobre tía, sobre su lecho, medio amoratada ya, con la boca abierta, sin poder respirar y con las manos crispadas entre las sábanas.. Comprenderá usted que es su mal de corazón!...

¡Venga, venga de prisa para asistirla, señor abate; se lo suplico á usted!

Pedro, aturdido, no encontraba su pantalón ni su sotana.

—Sin duda, sin duda; voy con usted. Pero no puedo administrarla; no tengo lo que es preciso.

El Sr. Vignerón le ayudó á vestirse, y se inclinó en busca de las zapatillas.

—No importa; su sola mirada de usted la ayudará á pasar, si Dios nos reserva esta aflicción... ¡Tome usted, cálcese de prisa y sígame! ¡Oh! ¡En seguida, en seguida!

Y marchóse como un huracán, precipitándose en el vecino cuarto. Todas las puertas habían quedado de par en par. El joven sacerdote que

le seguía, no notó en la primera habitación, obstruída por un desorden increíble, sino al pequeño Gustavo, medio desnudo, sentado sobre el canapé, donde dormía, inmóvil, muy pálido, olvidado y tiritando, en medio de ese brutal drama de la muerte. Varias maletas desvencijadas cerraban el paso, restos de embutidos manchaban la mesa, y el lecho del padre y de la madre parecía destruído por la catástrofe, con los cobertores sacados, arrojados en tierra. Y luego, en el segundo cuarto, vió á la madre, vestida aceleradamente con un viejo peinador amarillo, de pie, con aire espantado.

—Y bien, amiga mía,—repitió el Sr. Vignerón, tartamudeando.

Con un gesto, sin responder, la señora Vignerón mostró á la señora Chaise, que no se movía, con la cabeza caída sobre la almohada, las manos vueltas y tiesas.

El rostro estaba azul, la boca abierta como en el último soplo enorme que se le había escapado.

Pedro se inclinó. Déspues á media voz, dijo:

—Está muerta.

¡Muerta! Esta palabra resonó en el cuarto, á media luz, donde reinaba un pesado silencio. Y los dos esposos se miraron estupefactos desatinados. ¿Se había, pues, acabado? La tía moría ántes que Gustavo, el pequeño heredero de los quinientos mil francos. ¡Cuántas veces habían tenido este sueño, cuya brusca realizacion les aturdía! ¡Cuántas veces habían desesperado temiendo que el pobre niño partiese antes que ella! ¡Muerta, Dios Santo! ¿Es que tenían ellos la culpa? ¿Es que lo habían solicitado realmente de la Santa Vírgen? Se mostraba ésta tan buena con ellos que temblaban de no haber podido expresar un deseo sin ser escuchados. Ya en la muerte del jefe del negociado, súbitamente arrebatado para dejarle su plaza, habían reconocido el dedo poderoso de Nuestra Señora de Lourdes. ¿Es que acababa de colmarles nuevamente, escuchando hasta los inconscientes pensamientos de su deseo?

Sin embargo, ellos no habían querido jamás la muerte de nadie; eran buenas gentes, incapaces de una mala acción, muy amantes de su familia, que practicaban, se confesaban y comulgaban, como todo el mundo, sin ostentación.

Cuando pensaban en esos quinientos mil francos; en que su hijo podía morirse antes; en la contrariedad que tendrían al ver á otro sobrino menos digno heredar esta fortuna; ¡era todo tan discreto en el fondo de ellos, tan sencillo, tan natural en suma! Y ciertamente que habían pensado acerca de ello en la Gruta; pero ¿no era la Santa Vírgen la suprema sabiduría; no sabía mejor que nosotros mismos lo que debía hacer para la dicha de los vivos y los muertos?

Entonces, muy sinceramente, la señora Vignerón rompió en sollozos, llorando por su hermana á quien adoraba.

—¡Ah, señor abate, yo la he visto estinguirse; ha muerto ante mi

vista! ¡Qué desdicha que no haya venido usted más pronto para recibir su alma!... Ha muerto sin sacerdote. ¡Su presencia de usted la hubiera consolado tanto!

Con los párpados llenos de lágrimas, cediendo también al enternecimiento, el señor Vignerón consoló á su mujer.

—Tu hermana era una santa; ha comulgado aún ayer mañana; y puedes estar tranquila porque su alma ha ido derecha al cielo... Sin duda que ella hubiera experimentado gran placer si el señor abate hubiese llegado á tiempo... Pero qué quieres; la muerte ha sido más ligera. Yo he acudido en seguida; no hemos tenido hasta el fin nada que reprocharnos.

Y volviéndose hacia el sacerdote:

—Señor abate; la excesiva piedad de ella es la que, seguramente ha acelerado la crisis. Ayer, en la Gruta, tuvo ya un sofoco cuya violencia era insignificante. Y, á pesar de su fatiga, se obstinó en seguir á la procesión... Yo, naturalmente, creí que no iría más lejos, pero era esto tan delicado, que nadie se atrevía á decirla nada por temor de asustarla.

Suavemente, se arrodilló Pedro y recitó las oraciones de costumbre, con esta emoción humana, que sustituye la falta de creencias ante la vida eternal, la eterna muerte, tan lastimosas.

Déspues continuó un instante de rodillas, oyendo los cuchicheos de la familia.

El pequeño Gustavo, olvidado en su lecho, en el desórden del cuarto próximo, debió impacientarse. Lloraba, gritando:

—¡Mamá, mamá, mamá!

Por fin fuè á calmarlela señora Vignerón.

Tuvo la idea de llevarle entre sus brazos, para que abrazase por última vez á su pobre tía. El niño se resistía al principio, rehusando y llorando con fuerza. Tanto que el señor Vignerón se vió obligado á intervenir, tratando de avergonzarle, diciendo:

—¡Cómo; èl, que no tenía miedo á nada, que demostraba ante el mal tanto valor como un hombre! ¡Y su pobre tía, siempre tan amable, cuyo último pensamiento debió ser seguramente para él!

—Dámele—dijo á su mujer;—va á ser razonable.

Gustavo acabó por ceder, cogiéndose al cuello de su padre. Llegó en camisa tiritando, mostrando la denudez de su miserable y pequeño cuerpo, roído por la escrófula. Parecía que el agua milagrosa de la piscina, lejos de curarle avivó la llaga de sus riñones, mientras que su enjuta pierna pendía inerte, semejante á un palo seco.

—Abrázala—repitió el señor Vignerón.

—El niño se inclinó y besó á su tía en la frente. No era la muerte lo que le inquietaba y le hacía sublevarse. Desde que estaba allí, miraba la muerta con aire de tranquila curiosidad. No la quería; había su-

frido por ella mucho tiempo. Había en él ideas, sentimientos de persona mayor, cuyo peso le ahogaba á medida que se desenvolvían y se aguzaban con su mal. Conocía bien que era demasiado pequeño y que los niños no deben comprender las cosas que pasan en el fondo de las gentes.

Su padre que se había sentado en un rincón; le conservó sobre sus rodillas, mientras que la madre cerraba la ventana y encendía las bujías de los dos candelabros de la chimenea.

—¡Ah, pobre nene mío!—murmuraba el Sig. Vignerón, en la necesidad que sentía de hablar,—es esta una pérdida cruel para todos nosotros. He aquí perdido completamente nuestro viaje, porque hoy era el último día; partiamos esta tarde... ¡Y la Santa Vírgen justamente que se mostraba tan buena.

Pero ante la mirada de asombro de su hijo, una mirada de infinita tristeza y de reproche, se apresuró á exclamar:

—Sí, sin duda; sé que no te ha curado aún del todo. Pero es preciso no desesperar jamás de su benevolencia.. La Santa Vírgen nos ama mucho, nos colma de demasiadas gracias y acabará seguramente por curarte, puesto que ahora sólo tiene que concedernos este gran favor.

La señora Vignerón, que lo había oído, se aproximó.

—¡Qué dichosos hubiéramos sido regresando los tres á París, completamente curados! Nunca es nada completo.

—Ahora que pienso—dijo bruscamente el Sr. Vignerón;—no voy á poder partir con vosotros esta tarde, á causa de las formalidades... Con tal que mi billete de regreso sea valedero hasta mañana...

Los dos se reponían de la agitación pasada, algo consolados, á pesar del cariño que tenían á la señora Chaise; y la olvidaban ya, no experimentando más deseo que el de abandonar Lourdes, como si el objeto principal de su viaje se hubiese cumplido. Les inundaba un júbilo honesto y disimulado.

—Después, en París, tendré tanto que correr...—continuo el Sr. Vignerón.—Yo, que sólo aspiro al descanso... Pero no le hace; seguiré mis tres años en el ministerio, hasta mi retiro; sobre todo, ahora que estoy seguro de mi retiro de jefe de negociado. Sólo que después, ¡oh! después espero gozar algo de la vida, Puesto que nos llega este dinero, voy á comprar en mi país el dominio de los Billottes, esta soberbia tierra con la que siempre soñé. ¡Y os aseguro que no me quemaré la sangre en medio de mis caballos, mis perros y mis flores!

El pequeño Gustavo seguía sobre sus rodillas, temblando con todo su pobre cuerpo de insecto abortado, con su camisa retorcida hasta la mitad, dejando ver su delgadez de niño moribundo. Cuando se apercibió de que su padre no se daba cuenta de que estuviese allí, completamente entregado á sus sueños de realizar al fin la rica existencia deseada, tuvo una de esas sonrisas enigmáticas, de una melancolía aguzada por la malicia:

—Y bien, padre, ¿y yo?

El Sr. Vignerón, despertó como sobresaltado, se agitó, y pareció no comprender al principio:

—¿Tú, pequeño mío?... ¡Tú, estarás con nosotros, pardiez!

Pero Gustavo continuó mirándole fija y profundamente, sin cesar de sonreir con sus labios finos, tan ulcerados.

—¡Oh! ¿lo crees así?

—¡Ciertamente que lo creo!... Estarás con nosotros; será muy grato tenerte á nuestro lado.

Inquieto, balbuceando, el Sr. Vignerón, que no hallaba frases adecuadas, quedóse helado, cuando su hijo rlzando sus delgadas espaldas, díjo con aire de filosófico desdén:

—¡Oh, no!... ¡Yo me habré muerto!

Y el padre, aterrado, leyó de pronto en la mirada profunda del niño; una mirada de hombre viejo, muy sabio en todas las materias, que conocía las abominaciones de la vida por haberlas sufrido. Sobre todo, lo que le azoraba, era la súbita certidumbre de que este niño le había penetrado siempre hasta el fondo del alma, más allá de lo que él no se atrevía á confesar. Y recordaba, desde la cuna, los ojos del pequeño enfermo fijos en los suyos; esos ojos que el sufrimiento volvía tan perspicaces, y que dotaba sin duda de extraordinaria fuerza de adivinación, hojeando los inconcientes pensamientos en la oscuridad de los cráneos.

Y por una singular repercusión, las cosas que jamás había dicho, las encontraba de nuevo entonces en los ojos de su hijo, las veía, las leía á pesar suyo. La historia de su larga avaricia se desarrollaba; su cólera por tener un hijo tan mezquino; su angustia al pensar que el capital de la señora Chaise descansaba en una existencia tan frágil; su áspero deseo de que ella se apresurase á morir, para que el niño estuviese aún en el mundo, y de este modo asegurarse la herencia para ellos.

Era sencillamente cuestión de días ese duelo sobre quien partiría primero. Después, al cabo, volvía la muerte á presentarse: el pequeño se iba á su vez, sólo él amontonaba el dinero, envejeciendo muy lentamente en medio de aquel placer.

Y estas cosas horribles, salían tan claras de los ojos finos, melancólicos y sonrientes del pobre ser condenado; se traslucían por ellos con tal clarividencia, que por un instante parecióles al padre y al hijo que se las decían en voz muy alta.

Pero el Sr. Vignerón se sublevó, volvió la cabeza y protestó violentamente.

—¡Cómo! ¿Tú habrás muerto? ¡Miren qué ideas! ¡Es un absurdo abrigar semejantes pensamientos!

La señora Vignerón se puso á sollozar.

Niño malo, ¿puedes complacerte en causarnos tal pena, en el momento en que lloramos ya una pérdida tan cruel?

Fué necesario que Gustavo les abrazase prometiéndoles vivir, hacerlo por ellos. Sin embargo, no cesó de sonreir, sabiendo bien que la mentira era necesaria cuando no se quería entristecer demasiado, resignado por otra parte á dejar él después á sus parientes dichosos, puesto que la misma Santa Vírgen no podía darle en este mundo el pequeño rincón de dicha, para el cual toda criatura habrá debido nacer.

Su madre volvió á acostarle y Pedro se levantó, por fin, en el momento en que el señor Vignerón acababa de disponer el cuarto de un modo conveniente.

—Usted me dispensará, ¿no es cierto, señor abate?—dijo acompañando al joven sacerdote hasta la buerta.—No tengo huena la cabeza. En fin, es un mal cuarto de hora que hay que pasar. Será fuerza que salga de él.

En el corredor, Pedro, se detuvo un minuto, escuchando un ruído que subía de la escalera. Pensó aún en el Sr. de Guersaint; creyó reconocer su voz. Después, mientras estaba allí inmóvil, ocurrió un acontecimiento que le mortificó atrozmente

Con prudente lentitud, acababa de abrirse la puerta del cuarto ocupado por el señor que vivía completamente solo; y salió una señora vestida de negro, tan ligera, que por el hueco que dejó la puerta al abrirse apenas hubo tiempo para ver á aquél, de pie, con los dedos sobre los labios. Pero cuando la señora se volvió, hallóse repentinamente frente á Pedro, y esto fué tan claro, tan brutal que no pudieron volverse de espaldas para fingir no haberse conocido.

Era la señora Volmar. Después de los tres días y tres noches que había pasado allí, en el fondo de este cuarto de amor, en completo encierro, se escapaba de madrugada y con un impulso que parecía salir de lo más íntimo de su ser.

Aún no habían dado las seis. Ella esperaba no ser vista de nadie, desaparecer por los pasillos y la escalera solitarios con una ligereza de sombra; y deseaba también subir un momento al Hospital; pasar allí esta última mañana para justificar su presencia en Lourdes.

Cuando vió á Pedro, fué presa de un temblor, y balbuceó:

—¡Oh, señor abate, señor abate!

Después, notando que el sacerdote había dejado su puerta de par en par, pareció ceder á la fiebre que le quemaba, á una necesidad de hablar, de explicarse, de sincerarse.

Llena de rubor pasó la primora, entró en el cuarto, á donde la siguió Pedro, muy turbado con la aventura. Y como él dejase aún la puerta abierta, la señora Volmar, con un gesto, le suplicó que cerrase, queriendo confiarse á él.

—¡Oh, señor abate; suplico á usted que no me juzgue demasiado severamente!

Pedro hizo un gesto para decir que no se permitía juicios acerca de ella.

—Sí, sí, bein sé que usted conoce mi desdicha... En París me ha visto usted una vez detrás de la Trinidad , con una persona. Y el otro día, aquí, usted me ha reconocido en el balcón. ¿No es eso? usted presumía que yo vivía allí, cerca de usted, encerrada con una persona en este cuarto.. ¡Solamente, si usted supiese, si usted supiese!

Sus lábios temblaron y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pedro la miraba sorprendido de la extraordinaria belleza que transfiguraba su rostro.

Esta mujer, siempre de negro, muy sencilla, sin una joya, se le aparecía iluminada por una llamarada de pasión, fuera de la sombra en que se desvanecía y se ocultaba de costumbre.

No era nada hermosa á primera vista demasiado morena, demasiado delgada, los rasgos muy acentuados, la boca grande, la nariz larga; pero tomaba, á medida que Pedro la examinaba, un encanto turbador, un poder de atracción irresistible. Sus ojos sobre todo, grandes y magníficos, cuyo fuego ocultaba ordinariamente bajo un velo de indeferencia, ardían como antorchas, en los momentos en que, como entonces, se abandonaba por entero.

Y Pedro, comprendió que se la adorase, que se la pudiese desear hasta morir.

—¡Si usted supiese, señor abate; si yo le contase lo que he sufrido! Son cosas que usted habrá supuesto, sin duda, conociendo como conoce á mi suegra y á mi marido. Las pocas veces que ha estado usted en mi casa, no ha dejado de comprender las cosas abominables que en ella pasaban, sin embargo de mi constante aire de contento, en aquel pequeño rincón silencioso y oscuro en que vivo... ¡Pero vivir así diez años, sin existir, sin amar nunca, sin ser jamás amada; no, no he podido!

Entonces contó la dolorosa historia; su matrimonio con el mercader de diamantes, desastroso tras de su aparente riqueza; su suegra, un alma dura de verdugo y carcelero; su marido un monstruo de fealdad física, de suciedad moral. Se la aprisionaba; no se la permitía ni aún asomarse sola á una ventana. Se la había golpeado; se la había escarnecido en sus gustos, en sus deseos, y en sus inocentes debilidades de mujer.

Sabía que su marido sostenía fuera queridas; y si ella sonreía á un pariente, si llevaba una flor en el corsé, algún día, por rareza, alegre, él la arrancaba la flor, se entregaba á transportes celosos, la destrozaba las muñecas y la hacía horribles amenazas. Durante varios años había vivido en este infierno, esperando así y todo, por la fuerza de vida que la animaba, por la ardiente necesidad de cariño; esperando la dicha, creyendo siempre verla entrar, al menor soplo.

—Señor abate, le juro á usted que no he podido dejar de hacer lo que he hecho. Era yo demasiado desdichada; todo mi ser ardia en deseos de entregarse... Cuando mi amigo me dijo por primera vez que me amaba, dejé caer mi cabeza sobre su ombro; todo acabó, era suya para

siempre. Es preciso comprender esas delicias, ser amada, no encontrar junto á él sino caricias, dulces palabras, la continua preocupación de mostrarse conmigo obsequioso y amable; y saber que piensa en una, que hay en algún sitio un corazón donde una vive; y no ser los dos, sino uno, olvidarse de todo en un abrazo en que se funden los cuerpos y las almas... ¡Ah; si esto es un crimen, señor abate, yo no puedo tener remordimientos! Y hasta confesaré que no se me ha impelido á él; que le he cometido con la misma naturalidad con que respiro, porque era necesario á mi vida.

Lllevó la mano á sus labios como para dar un beso al mundo. Y Pedro, se sintió sublevado ante esta amante que era la pasión misma, el eterno deseo. Después, comenzó á nacer en él una inmensa piedad.

—¡Pobre mujer!—murmuró.

—No es al sacerdote á quien me confieso, repitió ella; es al hombre que me haría dichosa comprendiéndome. No; no soy creyente: la religión no me ha bastado. Pretenden que hay mujeres que se contentan con ella, que en ella encuentran una protección sólida contra la falta. Yo he sentido siempre frío en las iglesias, muero allí sintiendo el vacío. Y bien sé que está mal fingir religión y mezclarla á las cosas de mi corazón. Pero ¡qué quiere usted! Me veo obligada á ello.

Si usted me ha encontrado en París, detrás de la Trinidad, es porque esta iglesia es el único sitio á donde se me deja ir sola; y si usted me encuentra aquí en Lourdes, es porque en todo el año no tengo más que estos tres días de libertad absoluta, de absoluta dicha.

Un calofrío se apoderó de ella, y ardientes lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Ah, estos tres días! No puede usted saber con qué ardor los espero, con qué fuego los vivo, con qué rabia me llevo su recuerdo.

Todo surgía vivo ante la gran castidad de Pedro. Esos tres días, esas tres noches, tan ansiosamente deseadas, tan ávidamente vividas, se las imaginaba en el fondo de ese cuarto del hotel, las ventanas y la puerta cerradas, en la ignorancia en que los mismos criados se hallaban de que allí estuviese encerrada una mujer.

El abrazo sin fin, el continuo besarse, la entrega de todo el ser, el olvido del mundo, el anonadamiento en el inextinguible amor. Para ellos no existía idea de lugar ni tiempo; nada que no fuese el ansia de ser uno del otro sin tregua ni descanso.

Y ¡qué pena desgarradora en el momento de la separación! De esa crueldad era de lo que ella todavía temblaba. Y era tal el dolor que aquella separación de su paraíso le producía, que se olvidaba hasta de quejarse del mal sufrido.

Caer uno en brazos del otro por última vez, querer confundirse para permanecer uno en otro, y separarse como si la mitad de vuestra carne